

voluntad fuerte, y bien formada, no se deja su pecado, porque no se quiere el bien con bastante resolucion para executarlo; *quia non ita vis, ut impleas*, dice San Agustin.

Porque, Señores, examinemos este deseo, que la mayor parte de los hombres dicen, que tienen de lograr su Salvacion: nosotros hallarèmos, que la desean en general, y que jamás trabajan en particular. Es este un proyecto vago de enmendarse, de reformar sus costumbres, de llegar à ser Santos, que se queda siempre en el animo, y que jamás llega à la execucion. Proyecto tanto mas peligroso, quanto parece ser formado contra nuestras pasiones; y hallarse en él una imagen agradable de la virtud, que cada uno aprueba, alaba, y que admira en sí mismo. Estos son aquellos deseos mortales de quienes dice la Escritura: *Desideria occidunt pigrum; noluerunt enim quidquam manus ejus operari.* (a) El mundo está lleno de estas gentes bien intencionadas, que jamás efectuan sus buenas intenciones, que siempre tienen el espíritu lleno de la verdad, y las manos vacias de buenas obras; que condenan todas las pasiones en comun, y jamás castigan alguna en particular; que amenazan à todos los vicios, y jamás atacan à uno solo, semejantes à aquellos soldados representados en las tapicerias, que siempre tienen alto el acero, y levantado el brazo para descargar, y no dan jamás un golpe. Dicen continuamente, quiero, quiero, y à la menor dificultad que se les presenta, olvidan lo que han querido. Valientes de boca, y cobardes en llegando la ocasion. Humildes, quando nadie los desprecia, pacientes, quando nada tienen que sufrir, castos, quando no son tentados, justos, quando no se trata de sus intereses, y caritativos, quando no les cuesta nada. Pero sea necesario vencer un impetu de colera, que los ciega, sea preciso ceder un poco de su derecho, por no ofender la caridad; sea necesario cercenar un poco de ese luxo, que arruina su familia; sea preciso suavizar un poco aquella aspereza, que conservan contra

(a) Prov. cap. 21. v. 25.

el proximo; sea necesario preferir el amor de la justicia à su interes, ó à el de un hombre, que ellos estiman; ya no tienen mas ni humildad, ni equidad, ni caridad, ni paciencia. El deseo de su salvacion se desvaneciò como una nube, y pasa como el viento, dice la Escritura: *Quasi ventus desiderium meum, & velut nubes pertransiit salus mea.* (a)

Vé aqui Señores, la ilusion mas comun, y la mas peligrosa; vé aqui la disposicion de casi todos los hombres. Ellos aspiran al Cielo, y no buscan los caminos para él. Apacientanse de una falsa idea de virtud, sin llegar jamás à ser virtuosos, y estimandose en mucho, porque tienen este debil, é imperfecto deseo, viven, y mueren en este estado, sin haver hecho otra cosa por su salvacion, que haverla deseado en general. No obstante es necesario combatir sus viciosas inclinaciones; es necesario sujetar los sentidos à la razon: es necesario desarraigar el pecado, lo qual no se puede sin una aplicacion particular, continua, è infatigable, sin una atencion profunda que llegue hasta el origen de la corrupcion, sin una violencia, que arranque del fondo del corazon ciertos afectos, que han echado en él profundas raíces. En una palabra es necesario una voluntad fuerte, para vencer las dificultades; pero tambien una voluntad plena, y entera para corresponder à la dignidad del bien, que se espera, y esta es mi segunda parte.

## SEGUNDA PARTE.

Queriendo el Espíritu Santo en el Libro de la Sabiduría trazar el plan de la perfeccion espiritual del hombre pone por fundamento, que el principio de la sabiduría es el verdadero deseo de adquirirla, *initium illius verissima est disciplina concupiscentia*, (b) y que este deseo quando es pleno, y perfecto le conduce como por grados

(a) Job. cap. 30. v. 15.

(b) Sap. cap. 6. v. 18.

dos à la posesion del Reyno eterno, y à la semejanza de Dios mismo: porque no se puede, añade él, desear à Dios, sin que se le busque, no se le puede buscar, sin que se le conozca; no se le puede conocer, sin que se le ame, no se le puede amar, sin seguir sus mandamientos, no se puede seguir sus mandamientos, sin purificarse, y sin acercarse à la santidad de Dios, (a) *cura ergo disciplina dilectio, dilectio custodia legum, custodia legum consumatio incorruptionis, &c.* Esto es aquel dichoso enlace de medios de salvacion, y el camino por donde se arriba al colmo de la felicidad, y de la virtud. La razon de esta verdad, es porque en materia de obras morales el amor, y el deseo del fin, es la primera causa, que mueve, y que impele todas las otras, y la que aplica todas las potencias del alma à su objeto. De donde infiero dos cosas: la primera, que quanto mas grande es el afecto, mas exacta es la vigilancia, mas proxima está la perfeccion: la segunda, que quanto mas noble, y mas importante es el objeto, à que se aspira, mayor ardor, y aplicacion es necesario tener en desearlo.

Pero, Señores, quando yo os propongo vuestra eterna salud, elevad vuestro espíritu sobre esa gloria perecedera del mundo, que acaba con la vida, sobre esos honores transitorios, cuyo esplendor os seduce, y engaña, sobre esos vanos placeres, cuya dulzura está envenenada, sobre esas fragiles riquezas, que dejais, ó que os dejan à vosotros. La salvacion es la Bienaventuranza: la bienaventuranza es la verdad contemplada sin velos, y sin nubes: Es la caridad sin mezcla alguna de amor proprio; es la vista de Dios, no por imagen, y en enigma, sino al descubierto, y cara à cara. Es el goze entero, y seguro de un bien eterno, é infinito, que se ama ardentemente, pero con todo eso sin inquietud, que se posee siempre igualmente, y no obstante sin ningun disgusto; es la felicidad del hombre, que en su sustancia es del mismo orden, y de la misma qualidad que la de Dios;

por-

(a) Ibid.

porque asi como Dios solo puede hacerse feliz, y que su felicidad no podria ser inferior à lo que èl es, asi tambien puede èl solo hacer la felicidad, y ser à un mismo tiempo la felicidad de las criaturas racionales. Digamoslo todo, en una palabra, Dios mismo es quien nos hace semejantes à él, por hacernos capaces de sus eternas comunicaciones, y hacernos gozar en nuestro cuerpo, y en nuestra alma los bienes divinos, è incomprendibles, que tiene preparados à sus Escogidos.

Si la excelencia del bien que se pretende, debe, pues, ser la medida del ardor con que uno se mueve para adquirirlo, ¿qué cosa es tener hambre, y sed de la justicia? ¿Qué es querer absolutamente salvarse? Es tener una idea grande de su salvacion, hacer de ella su principal cuidado, y su negocio el mas importante. Es recoger todos sus deseos, y reunir en este solo punto, todas las fuerzas, y todas las potencias de su alma. Es pensar cuidadosamente, y de continuo en todos los medios, que pueden conducirnos à este fin, debiendonos costar todos los placeres, y todas las dulzuras de la vida: es rechazar como grandes desgracias, y grandes miserias, todo quanto puede tener alguna oposicion con este loable designio, por aparente, y por ventajoso, que pueda apetecerse segun el mundo. Es temer caer en la ociosidad, y en la molicie, y exercitarse en las virtudes Christianas: es usar del mundo como si no lo huviese, no tener nada suyo, aun quando se posea mucho, hacer todo lo que se puede, y creer no haver hecho jamàs lo bastante.

Acaso creceis vosotros, Señores, que son estas unas pias exageraciones, y que os hago una idea del Christianismo, semejante à la que los Philosophos hacian en otro tiempo de su virtud, ó de su Republica. ¿Pero es comprar muy cara una felicidad, que no tiene fin? Quando se trata de unirse à Dios, ¿se puede exceder en sus obligaciones? ¿De que no es capaz la fuerza de un noble deseo, quando excita à una alma fiel? Expliquemos esta verdad por los principios de la Religion, y por las palabras de Jesu-Christo mismo, que deben ser la regla de nuestra conducta.

Es

Es una ley inviolable , y eterna , sobre la qual se funda toda la disciplina Christiana , que nuestra principal , y nuestra unica pretension debe ser la posesion del soberano bien: que toda nuestra alegría debe referirse á las esperanzas de una dicha futura , y nuestros deseos á la adquisicion de la eternidad : que todos los bienes criados , siendo ellos de un orden inferior , deben mirarse como medios , de que es necesario usar con moderacion , y no como felicidades absolutas , de que sea preciso gozar con apego. La justicia consiste en dar de este modo la estimacion y el lugar á cada cosa , segun ha sido ordenada por Dios , y á la prudencia , y sabiduría le toca reducir de este modo todo quanto nos conviene á su fin , ó á su legitimo uso. Pero es turbar este orden , el detener su principal deseo en cosas criadas , y pasageras ; es confundir los medios con el fin , es establecer su reposo en un lugar en donde no conviene sino pasar de largo , y atribuir á la criatura un orden de superioridad , que no es debido sino al Criador , y poner un objeto de su codicia en lugar de su salvacion.

No obstante , Señores , ¿qué hacen la mayor parte de los hombres? ¿Qual es su deseo , y qual es su fin? El uno solicita un empleo ; y no piensa sino en como ha de llegar á él: busca todo quanto puede servirle , aparta todo quanto puede dañarle , estudia , y examina todos los pretendientes , disminuye el merito de los unos , y abulta los defectos de otros ; tan presto teme , tan presto espera , y no tiene otro fin , que su pretension. El otro sigue un Pleyto , y no piensa sino en obtener un Tribunal favorable , en ganar sus Jueces , ó por razones aparentes , si no las tiene solidas , ó por empeños poderosos , ó por investivas contra sus Partes. Hice un computo de lo que puede ganar ; computa lo que puede perder. Fatigase él mismo con mil pesadumbres , y mil cuidados inútiles ; fatiga á todo el que encuentra con una larga , y molesta relacion de enfadosas circunstancias de un negocio que á solo él toca , y se imagina que nada hay tan importante , ni nada que iguale á su Pleyto. Este , y aquella no tienen otro fin que el establecimiento de sus familias : sus miras no se

es-

estenden á mas , que á la fortuna , y al matrimonio de uno de sus hijos ; para esto examinan la antigüedad de la nobleza , y aun mucho mas lo quantioso de sus bienes , y el grado de favor de cada casa , á fin de hacer una alianza considerable ; destinando los unos á la Iglesia sin discernimiento , y sin vocacion para mezclar con las riquezas de iniquidad el patrimonio de Jesu-Christo ; forzando á los unos por continuos disgustos , y por violentas persuasiones á entrarse por desesperacion en Monasterios , no para consagrarse á Dios en ellos , sino por sacrificarse á la ambicion de sus padres , y á la elevacion de sus hermanos. ¿Y qué diré yo de aquellos , que reducen todos sus deseos á adquirir una vana reputacion por acciones brillantes segun el mundo ; á conservar una fragil salud por afectadas delicadezas ; y á llenar un espíritu orgulloso de inútiles curiosidades?

Todos estos fines , y todos estos deseos tienen en nuestra voluntad el lugar , que unicamente debe tener en ella nuestra salvacion. Y asi estos son unos desordenes esenciales , por los quales el hombre se apega á el mundo para quien no ha sido criado , en lugar de inclinarse á solo Dios , que le ha criado , y que solo él le puede hacer bueno , y bienaventurado. Esto es lo que Jesu-Christo tantas veces nos ha enseñado en el Evangelio : tan presto , que no se puede servir á dos Señores , y que asi es preciso reducir todas nuestras acciones á una unidad de culto , y de servicio : tan presto que una sola cosa es necesaria , y que asi debemos referir todos nuestros cuidados , y todos nuestros deseos á uno solo : tan presto que es necesario buscar ante todas cosas el Reyno del Cielo , esto es , que es necesario limitarnos , y estrecharnos en una unidad de designio , y conducir la obra de nuestra salvacion , sin que nada nos canse , ni nada nos retire de ella.

Pues qué , direis vosotros , ¿es preciso vivir en el Mundo sin accion , y sin movimiento ? ¿Es preciso renunciar todo lo que nos conviene , y aun lo que no es necesario ? ¿No hay deseo que no sea criminal , ni bien que no esté prohibido ? ¿Es acaso preciso mirar al Cielo incessantemente , y

aban-

abandonar á la casualidad todo lo demás? No, Señores, esto sería tentar á Dios, cuya Providencia nos conduce por los caminos mismos del Mundo. Los estados, y los oficios de la vida, los talentos, y las ventajas naturales, ó adquiridas, los cuidados, ni los mismos bienes temporales, no son incompatibles con la salvacion, si se los retiene, y conserva en su orden, y en su uso. Dos principios hay que dividen las voluntades de los hombres, la codicia, y la caridad, y así como la codicia puede estar con la Fé, la caridad puede subsistir con los bienes de la tierra, quando se refieren á aquel que se espera en el Cielo. Esta es la regla que Jesu-Christo nos ha prescrito: *Quarite primum regnum Dei, & hæc omnia adjicientur vobis.* (a) Como si dixese, dice San Chrysoftomo: yo no quiero que ninguno os falte, sino que prefirais el mayor á los menores. Proveed las necesidades de esta vida, pero considerad la importancia de la otra. Recibid los bienes que os vienen, pero adorad la mano que os los dá. Sería orgullo, é imprudencia el reusarlos; pero tambien sería injusticia, é ingratitud el amarlos mas que al que los distribuye. Yo no os prohibo su uso, yo no vedo sino la inquietud, y el apego. Consiento en que seais ricos, pero quiero ante todas cosas que seais Santos. Reynad; si yo os he puesto sobre el Trono, pero sea yo solo quien reyne sobre vosotros. Quiero colmaros de bienes, y prosperidades, pero tambien quiero ser su fin, así como soy el principio. De otro modo ¿qué desorden, si vosotros estimais mas los beneficios que al Bienhechor? y si en las gracias que os hago, y en los socorros que os doy, en lugar de ser el unico objeto de vuestro reconocimiento, y de vuestro amor, no fuese yo sino el ministro de vuestras pasiones, y el instrumento de vuestra vanagloria.

Y así los que conocen la dignidad de su fin jamás la pierden de vista. Todo lo que les conduce á él les es agradable. La palabra de Dios no les molesta, porque les instruye. La verdad no les ofende, porque les corrige. La

(a) Matti. 6. v. 33.

Oracion no les cansa, porque desean lo que piden. La adversidad no les disgusta, porque los desprende del Mundo. La prosperidad no les engrie, porque aguardan otra gloria. La humildad no les desagrade, porque produce su elevacion. La Cruz de Jesu-Christo no les pesa, porque los santifica, y los salva. Están prontos á hacerlo todo, y á sufrirlo todo por aquel que puede darles todo quanto aman, y quanto esperan, porque tienen una voluntad plena, y entera de obtenerlo.

¡Pero qué raro es este fervor! Hablad á la mayor parte de los Christianos de las virtudes necesarias, y de las obligaciones esenciales de la Religion, creen ellos que es muy austera, que todo se lleva al extremo, que se pide lo mas por ganar lo menos. Toman las leyes de precepto, por consejos de perfeccion. No pudiendo acomodar el Mundo al Christianismo, acomodan el Christianismo al Mundo, y se hacen una medida de santidad proporcionada á su flaqueza. Yo no me precio, ni aspiro á ser (dicen ellos) tan gran Santo, eso lo dejo á los devotos, el ascender á tanta virtud. Un poco mas, ó menos adelantado en el Cielo importa poco, con tal que yo le consiga. Yo quiero salvarme á la verdad, pero no quiero precisamente mas que salvarme. ¡Ilusion manifiesta, Señores, ilusion! ¿Les parece á estos que para ganar el Cielo es bastante no obrar mal? ¿Creen que no es un grande mal no hacer todo el bien que se puede? ¿Creen que en este estado de tibieza, y de descuido en que están, no vivirán, y se quedarán muy inferiores á la debil idea, que tienen de su salvacion? Ignoran que Dios no dá sus gracias á los que no saben estimarlas, que los habitos, y costumbres christianas se borran como los demás insensiblemente, quando no se exercen, y que no se está lejos de llegar á ser malo, quando se teme el ser demasiado hombre de bien.

Pero aun quando todas estas razones no fuesen considerables, no tenia yo mas que deciros que todo Christiano está obligado á caminar á la perfeccion. Nosotros estamos en este Mundo como Viageros, ó Peregrinos desterrados de nuestra patria, y con la necesidad de bolver á ella: *A longe*

*aspicientes, & salutantes, & confidentes, quia peregrini, & hospites sunt super terram*, dice el Apostol. Pero este estado de viagero consiste en adelantarse en los caminos de Dios, y nada repugna tanto como vivir ocioso, y aficionarse á las diversiones que se hallan en el lugar de nuestro destierro. Fuera de que el mandamiento que Dios nos ha hecho de amarle de todo nuestro corazon; el orden que hemos recibido de ser perfectos, como lo es nuestro Padre Celestial, la abundancia de Justicia que Jesu-Christo exige de nosotros superior á la de los Escribas, y Phariseos, la atencion, y la perpetua vigilancia que encarga á sus Discipulos, ¿no son obligaciones que nos impone? Es necesario que asi como hay una parte de nosotros mismos que siempre se inclina ácia la tierra, que hace todos los dias nuevos progresos, y que puede llegar á ser invencible; tambien es necesario, digo, que el alma se fortifique, que se observe á sí misma, que obre, que mantenga sus ventajas, y sus derechos, á fin de que disminuyendose la codicia, y concupiscencia, y llegandose á aumentar el amor de Dios, consuma la caridad del segundo Adán las impurezas del primero. Esto consiste en tener una voluntad plena, y entera, que corresponda á la dignidad del objeto. No resta mas que hacerla activa, y laboriosa para corresponder á la recompensa que la está preparada. Y aun me atrevo á pedir un momento de atencion para esta corta, pero util parte de mi Discurso, en que recojo en pocas palabras reflexiones muy importantes.

Es un orden establecido por Dios, que no se llega á la Gloria que ha preparado á sus escogidos, sino por el trabajo, por la accion, y por los sufrimientos; yá porque siendo la gloria el fruto de los trabajos de Jesu-Christo crucificado, debemos adquirirla por los mismos caminos que nos la ha merecido; yá porque nosotros no podemos entrar despues de nuestra muerte en el Santuario del Dios de la pureza, sino despues de havernos purificado nosotros mismos por las santas practicas de la penitencia; yá porque la Providencia de Dios haya querido imponernos la necesidad de

trabajar incesantemente en nuestra salvacion, y excitarnos á cumplir todas sus leyes por la esperanza de sus recompensas; y asi todas las expresiones de que se vale la Escritura, para darnos á conocer esta gloria, incluyen lo que es necesario hacer para conseguirla. Porque ¿qué es la gloria? Es una recompensa, luego es necesario haver trabajado, haver servido para lograrla. Es la Corona de Justicia, luego es necesario haver combatido, y vencido á los enemigos para merecerla; es el Reyno de los Cielos, y Jesu-Christo nos enseña, que es preciso conquistarle; es aquella tierra prometida por donde corren arroyos de leche, y miel; pero no se llega á ella sino por las tribulaciones, que se padecen en el desierto de este Mundo; y en fin, es la bienaventuranza del hombre, pero esa bienaventuranza en esta vida se aplica á la pobreza, á la humildad, y á la paciencia: *Beati pauperes, beati mites, &c.*

¡Pero, oh flaqueza! oh! ¡Cobardía del corazon humano, y del corazon Christiano! En lugar de que la grandeza de la recompensa debiera obligarnos al trabajo, la dificultad del trabajo nos hace renunciar la recompensa; y tocados mas de algunas penas pasajeras, que de la esperanza de una felicidad que es eterna, en lugar de emprenderlo todo para merecerla, reusamos el merecerla por no vernos obligados á emprender nada. Y asi el deseo que nosotros tenemos de ser felices, no es una impresion del Espiritu de Dios que nos inclina á buscar nuestro fin, y nuestra felicidad soberana, sino un simple movimiento de la naturaleza, que por corrompida que esté, no deja de solicitar su reposo, y su felicidad. Con todo eso, nada hay que sea tan contrario al estado del Christiano, ni nada que tanto invierta el orden de la redencion.

Para comprehender esta verdad, Señores; notad conmigo que el hombre cayó en dos desgracias por el pecado. Desobedeció á Dios, fue despojado de su inocencia, y se hizo delinquente. Despues cayó en la miseria, y en el dolor, y se hallaba deudor á la justicia de Dios, de un eterno castigo. Para salvarle de este estado, y restablecerle en aquel de que havia sido despojado, Jesu-Christo ha se-

guido el mismo orden: primeramente le ha librado del pecado, apartandole del mal, inclinandole al bien, santificandole, revocando en él su imagen, y bolviendole la santidad, y la justicia que havia perdido, y le ha hecho agradable á Dios: Ve aqui la primera parte de la salvacion; la segunda es un efecto, ó consecuencia de esta. Le ha restablecido en todos los derechos, que tenia sobre la bienaventuranza en el estado de su inocencia, y le ha merecido esta gloria, que es un efecto de la santificacion. De aqui es facil comprender que el fin primero, y principal de la redencion es hacernos Santos, y gratos á Dios. En efecto, quando el Angel le dá á Jesu-Christo el titulo de Salvador, no es porque colmará al Pueblo de bendiciones temporales, porque le llevará la paz, y la abundancia, porque le librá de miserias; su primer designio es librarle de sus pecados: *Ipsé enim salvum faciet populum suum à peccatis eorum.* (a)

A nosotros toca el trabajar en nuestra salvacion por el mismo orden que Jesu-Christo ha observado en ella. Estamos sin duda tocados del placer que hay de ser del numero de los Bienaventurados que oy nos representa la Iglesia; pero, ¿y tenemos el valor de imitarlos? Ellos no han comenzado á ser gloriosos, sino despues de haver sido firmes, y constantes en su Fé, ardientes en su Caridad, pacientes en sus trabajos, humildes en sus conversaciones, é infatigables en su penitencia: ¿en qué nos asemejamos á ellos, y qué razon tenemos de no asemejarnos, y parecerles?

Ya no estamos, direis vosotros, en aquellos felices tiempos, en que todos los Christianos eran Santos. Yo confieso, que nos hemos apartado, y estamos muy distantes de la pureza de costumbres de nuestros Padres, y que diez y siete siglos que han pasado desde Jesu-Christo hasta nosotros, son como otros tantos grados, por los quales hemos, al pa-

(a) Matth. 1. v. 21.

recer, bajado, y como caído de aquella primera perfeccion. ¿Pero la mano de Dios se ha por ventura encogido? ¿La Ley Divina, á pesar de la revolucion de los tiempos, no es inmutable, y eterna? No hay un Jesu-Christo de ayer, y de oy, decia el Apostol, ¿y no es el mismo en todos los siglos? (a) No nos justifiquemos á expensas del publico, y no atribuyamos nuestra malicia á la del siglo; aun hay almas fieles que el mundo no ha corrompido; ¿por qué no somos nosotros de este numero? ¿Por qué no resistimos al torrente como ellas? Oíd esta sentencia de la Escritura: *Ne dicas, quare priora tempora meliora fuerunt quàm nunc sunt, fulta enim est hujusmodi interrogatio.* (b) Guardate de decir; ¿de qué proviene que los primeros tiempos han sido mejores que los presentes? Pues semejante pregunta es muy necia. Porque es atribuir á la conducta de Dios, lo que no es causado sino por el desarreglo del hombre; los tiempos no son buenos, ó malos, sino á proporcion que los hombres son justos, ó injustos. Sus pecados son, ó sus virtudes las que hacen buenos, ó malos los dias, decia San Geronimo; y asi no preguntemos por qué los primeros tiempos han sido mejores que los nuestros, preguntemonos antes á nosotros mismos; ¿por qué no somos nosotros tan buenos como los que han vivido en los primeros tiempos, pues el mismo Dios que los ha hecho á ellos Santos, aun está pronto á santificarnos á nosotros; y que ha sido, y será verdadero en todo tiempo; que nuestra salud eterna viene de Dios, y nuestra pérdida de nosotros mismos?

Verdad es, direis vosotros; ¿pero como tengo yo de ser Santo como ellos, si Dios no me dá la misma gracia que á ellos les ha hecho? Juzgaos á vosotros mismos: ¿os poneis vosotros en estado de obtener esta gracia? ¿la deseais con ardor? ¿la esperais con confianza? ¿la aguardais con humildad? ¿la pedis con perseverancia? ¿la recibireis con alegría? ¿la conservareis con fidelidad? Vosotros no trabajais

(a) Hebr. 13. v. 8. (b) Eccl. c. 7. v. 11.

en obtenerla; y no es justo que la pereza recoja lo que debe ser el fruto del trabajo, y que sea recompensada quando merece ser castigada.

Si me decis que este trabajo es difícil, que os sería preciso hacer demasiados esfuerzos sobre vosotros mismos, y pasar por una larga serie de acciones poco conformes á vuestro estado, ó á vuestro genio; yo os confieso de buena fé que las dificultades son grandes; pero, y los socorros, ó auxilios que tenéis, son acaso menores? Dios os promete tantas veces en sus Escrituras, que os conducirá el mismo por la mano, que allanará los caminos asperos, que os dará un espíritu, y un corazón nuevo. ¿Dudáis acaso, ó de la verdad de su palabra, ó del poder de su gracia? ¿Por quién ha derramado Jesu-Christo su Sangre? ¿Por qué ha instituído los Sacramentos? ¿Por qué ha embiado el Espíritu Santo?

Pero quiero que estos trabajos sean tan grandes como vosotros os los imagináis, pongo á vuestra conciencia por testigo; no es verdad que sufrís tanto por satisfacer vuestras pasiones, como sería necesario sufrir para hacer vuestra salvacion? ¿Qué no se emprende por abanzarse en la fortuna? Es preciso velar en sus intereses continuamente, hacerse muy obsequioso hasta dar en bajeza, experimentar todos los disgustos, que acompañan de ordinario á las esperanzas, y á las fortunas dudosas. Es necesario sufrir los ataques de sus enemigos, las trayciones secretas de sus envidiosos, los zelos de sus iguales, las burlas de sus inferiores, y los caprichos de sus superiores; y con todo eso sus proyectos no dejan de ser trastornados por imprevistas revoluciones, y por secretos juicios de la Providencia de Dios, á que llaman destino, ó fortuna, y que los aparta para siempre de sus fines. ¿Qué no se hace por la salud de los Cuerpos? Empleanse todas las fuerzas de la naturaleza, compranse todos los secretos del arte. Privanse de todos los placeres, toleranse incisiones, y martyrios, abandonase una parte del cuerpo, para salvar la otra; y se pierde su vida, si es lícito decirlo así, por conservarla; y esto por vivir algunos dias mas, por ver, por sufrir, y por hacer un poco

mas

mas de mal: y por una vida solida en su goce, eterna en su duracion, é infinita en sus bienes, se cansa uno de un poco de humillacion, ó de penitencia.

Señor, vos que mudáis los corazones, y que dais, quando os place, el poder, y la voluntad de vivir christianamente, haced en nosotros una mudanza que sea digna de vuestra misericordia. Hacednos dociles á vuestra verdad, flexibles á vuestra gracia, obedientes á vuestra ley, y dignos de vuestras recompensas. Formad en nosotros aquella voluntad fuerte que hace despreciar los bienes presentes, y buscar los futuros. Formad en nosotros aquella voluntad plena, y entera que hace que uno se llegue constantemente á vos, y que nada se desee fuera de vos. Haced que lleguemos á ser justos para obtener la corona de justicia, y que seamos insensibles á los encantos del mundo, para que podamos ser saciados de vuestras dulzuras espirituales, y celestiales. Vos nos haveis enseñado á haceros esta oracion, ó peticion: Vos sois mi Padre, vos sois mi Dios, vos sois el depositario de mi eterna salud: *Ipse invocabit me, Pater meus es tu, Deus meus, & susceptor salutis meae.* (a) Vos sois mi Padre; ¿qué no debo yo esperar de vuestra bondad? Vos queréis salvarme. Vos sois mi Dios, ¿qué es lo que se resiste á vuestras voluntades? Vos podeis salvarme. Vos sois el depositario de mi salvacion, mi alma está en vuestras manos, y yo me atrevo á decir, que vos me debeis salvar... Vos no haveis comenzado vuestra obra para dejarla imperfecta. Si soy fiel á vuestra gracia, y á vuestra ley, vos seréis fiel á vuestra palabra. Yo no desconfío de vos, sino de mí mismo; no temo que vuestra gracia me falte; temo sí faltar yo á vuestra gracia. Yo os pido, pues, Señor, aquella fidelidad que vos me pedís: solamente por vos, es por quien yo puedo ser Santo sobre la tierra, para merecer el ser bienaventurado en el Cielo, que yo os deseo. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. *Amen.*

SER

(a) Psalm. 88. v. 27.